

Ignacio García R., Pbro.
Asesor del Movimiento
Apostólico de Profesionales.

ALGUNAS FACETAS DEL PROBLEMA SACERDOTAL

TECNOCRACIA Y PASIVIDAD DEL GRUPO

Vna de las cosas que más irritan al sacerdote en su trabajo es comprobar la pasividad del grupo. "Su gente" no le responde, no toma responsabilidades. Queremos destacar aquí uno de los factores más importantes que producen esta pasividad. Se trata del desnivel que hay en formación teológica. El sacerdote frente a la gente es un "supertécnico" en materia religiosa, ¿quién le va a discutir?, ¿quién se atreverá a pensar distinto? Es lo mismo que si una cooperativa de ahorro es dirigida por un economista, ¿quién le va a discutir? ¿a qué pensar cada uno el problema de "su cooperativa", si hay alguien que tiene todas las respuestas?

En estas condiciones la capacitación del técnico en vez de ser un bien es un mal, porque frena la creatividad del grupo y el desarrollo personal de cada uno, que es lo que en definitiva importa en todo núcleo humano.

La solución clásica ha consistido en elevar entonces el nivel del grupo. Pero se produce el círculo vicioso; ¿quién lo planea, lo promueve, busca la gente?: el sacerdote, que en esta acción se encuentra solo una vez más.

Más aun, "nunca" podrá un hombre que tiene su propio trabajo y actividades acercarse al nivel teológico y pastoral del sacerdote.

Por esto el liderato del técnico fatalmente produce pasividad.

Otra solución clásica, mejor que la anterior, consiste en que el sacerdote frente al grupo asuma un estilo de asesor, de promotor. Así se trata de que en el grupo surja su propio dirigente y así todo el grupo se sienta más responsable y comprometido en la vida y acción del grupo.

Pero, lo que sucede en la práctica, es que en realidad el sacerdote, aunque actúa al modo de un promotor, en definitiva no ha hecho abandono ni puede hacerlo de su autoridad. No la ejerce, pero en cualquier momento se sabe que puede hacerlo.

En la Iglesia, según institución de Cristo, quien tiene la autoridad es el obispo o el sacerdote que colabora con el obispo. Liderato en la Iglesia significa ser obispo o sacerdote. Por esto el laico aunque sea dirigente de un grupo, sabe que no lo es

según el modo propio como son las cosas en la Iglesia, realmente no tiene autoridad, a lo más tiene una autoridad moral. Se le llama dirigente, pero en el fondo es sólo un colaborador; esta situación es dañina al movimiento del grupo. El jefe (el sacerdote) no ejerce la autoridad para no aplastar al grupo, según lo visto más arriba; el dirigente (laico) no ejerce tampoco, porque en definitiva sabe que llega hasta cierto punto en su autoridad.

Ejemplo típico es la junta parroquial. Hay un presidente de la junta. ¿El es el jefe del grupo parroquial? ¿Y de qué es jefe el párroco? ¿Quién manda en realidad? Si manda el laico: ¿qué significa ser párroco?; si manda el cura ¿qué significa ser presidente de la junta parroquial?

Igual cosa pasa en los movimientos de Acción Católica.

Esta reflexión nos conduce a otro problema.

DESIGNACION DEL LIDER

En el sistema actual el líder del grupo religioso (el sacerdote), llega totalmente desde afuera. Es impuesto al grupo. Los cambios de párrocos y asesores de movimientos son así.

El grupo no tiene nada que hacer. A lo más podrá rechazarlo y conseguir otro sacerdote con el obispo.

Esta realidad es otro factor que colabora a la pasividad del grupo. Por mucho que crezca y madure sabe que prácticamente nunca ninguno podrá llegar a servir a su grupo como real y pleno dirigente. Sabe que los dirigentes vendrán siempre de afuera.

En la experiencia del hombre moderno, sea en el plano político, social, cultural, etc., está el que puede realmente aspirar a servir el liderato del grupo en su ámbito de acción. Sólo en su comunidad creyente es el único lugar en que sabe que eso no tiene posibilidades prácticas reales.

Un laico adulto, si lo piensa, lo ve como un absurdo: tendrá que enviudar o su mujer hacerse religiosa, que sus hijos ya estén en condiciones de desarrollarse solos, meterse ocho años en un seminario, etc.,

Hoy por hoy el grupo no tiene nada que ver con la designación de sus autoridades.

Sabemos que nadie es constituido como sacerdote por el resultado de una elección democrática. Se trata de un sacramento que sólo el obispo puede dar. Pero sí podemos pensar que los criterios que en la disciplina actual se usan para determinar quién puede ser o no ser sacerdote, pueden ser cambiados.

¿Es fatal que el sacerdote para serlo tenga que ser teólogo, de mala o buena clase, pero en definitiva "teólogo"?

¿Qué posibilidades de desarrollo tendría el cooperativismo si fuera condición que sus dirigentes sean todos de nivel técnico: economistas, sociólogos, etc.?

Imaginemos un grupo adulto cristiano. En él hay un hombre que se destaca por su bondad, por sus condiciones de líder religioso. Madurez en su fe, esperanza y caridad, espíritu de servicio, capacidad para conducir al grupo. ¿Por qué no podrá ser llamado por el obispo para recibir las capacidades del sacerdocio?

Evidentemente requerirá alguna instrucción y preparación especial, pero no necesariamente del nivel de un teólogo. En la experiencia sacerdotal todos sabemos que de todo lo que aprendimos, lo que realmente ponemos en juego es una muy pequeña parte. Sin considerar en este momento la calidad de lo que aprendimos.

Este enfoque del problema no significa que la Iglesia baje su nivel teológico. Que caiga en un simplismo doctrinal. Los teólogos son necesarios e imprescindibles en todo tiempo. Necesitamos muchos y de buena calidad, realmente teólogos.

Es imprescindible que haya en la Iglesia quienes estén ahondando en la Revelación en forma científica, quienes estén ahondando con método en la confrontación de la Revelación con la cultura y la problemática contemporánea.

Esa es una vocación específica, pero no hay que confundir con el papel de ser pastor de la Iglesia, que es otro carisma.

Por otra parte se hace dramático el problema de la escasez de sacerdotes. ¿Cuál es la perspectiva con la disciplina actual? Parroquias con treinta mil habitantes, 20.000, 50.000, etc.

Uno de los signos más patentes de que la gente no "siente" a sus dirigentes como tales es lo que sucedió durante el Concilio. Muchos decían: "¿y bueno, dónde están los laicos en el Concilio?" "Deben ir laicos para representar sus problemas específicos". Entonces uno se planteaba lo siguiente: si es necesario que haya laicos que representen el sentir de los laicos, entonces ¿los obispos qué representan?. Si el obispo es el dirigente de la comunidad creyente, lo que representa es su comunidad. Por lo tanto, se deduce que la gente no "siente" al obispo como su jefe y pastor.

Si hay un encuentro de dirigentes políticos, por ejemplo, de la zona sur de Chile, a nadie se le ocurre pensar, en las bases, que concurren además de sus líderes otras personas para que represente el sentir de la base. Porque si el dirigente no lo representa, ¿a qué iría al encuentro?

Todo esto se produce por la madurez que ha alcanzado el hombre moderno en su sentido de participación en el proceso de cualquier actividad.

Esta madurez no es tomada suficientemente en cuenta en la disciplina actual de la Iglesia.

EL SACERDOTE MARGINADO DEL GRUPO

El hombre - sacerdote para llegar a serlo ha hecho un recorrido tan largo que termina separado completamente del grupo humano al que pertenecía. Luego vuelve a otro grupo que no conoce y entonces su esfuerzo más constante es el de integrarse. Se siente "fuera" de él. Tiene costumbres, pensamientos, actividades absolutamente distintas a las del grupo al que llega.

Este ser, un "extraño", es mucho más profundo cuando se llega al mundo popular, pues aunque se haya salido de él para ir al Seminario, por la formación universitaria que recibe allí y en la Facultad de Teología, culturalmente se ha separado y es un extraño a su medio.

A la larga, si el sacerdote es atinado en servir y bastante humilde para preguntar, la gente termina por quererlo y buscarlo como sacerdote. Pero siempre con la conciencia de que su sacerdote lleva una vida muy diferente, que vive en otro

mundo. Hay que contarle las cosas como si fuera un marciano que nunca termina por comprender y conocer el mundo humano corriente.

Para el sacerdote esta situación es muy dura porque en el fondo lo que él dice es lo siguiente: "en la vida que Uds. viven, Dios está presente y los busca y los llama", pero interiormente se siente con poca autoridad porque es el primero en preguntarse ¿y yo con qué experiencia de esa vida puedo decir que Dios está allí? ¿con qué experiencia de esa vida puedo decir cómo y dónde se manifiesta Dios?

El sacerdote en el mundo popular ve salir a los hombres a las seis de la mañana, sabe que van a una industria o a una construcción, los ve en sus casas miserables, colgando de micros atestadas, etc. El sabe que Dios "tiene que estar ahí en esa vida", porque cree en el Evangelio de Cristo, pero siente que su palabra es como una hipótesis, no puede expresarse con la fuerza y la vehemencia del que lo ha experimentado en esa vida concreta.

El obrero creyente sabe que su "dirigente religioso" puede ser muy bueno, pero sabe que no es de su grupo, sabe que no es como él y eso quita coraje, porque sus compañeros no creyentes en cualquier momento se lo van a refregar por la cara. Hay un trasfondo que agudiza este problema y es el del resentimiento que tiene el obrero por todo el mundo burgués porque se sabe explotado y el sacerdote por su cultura pertenece a aquel mundo que siente sentado sobre sus hombros.

OBSERVACION FINAL

La intención de estas líneas ha sido presentar algunos de los problemas más sentidos por los sacerdotes en su trabajo. Incluso lo que aparece insinuado como caminos nuevos no pretende ser una solución, sino como un modo de ampliar la presentación de la problemática sacerdotal.